

mera petición de 1525. El fiscal que la estudia la considera estrafalaria y Oviedo, de vuelta a España, prefiere dedicarse a recordar su juventud, escribiendo un pequeño libro titulado: *Oficios de la Casa Real de Castilla* o *Libro de la Cámara del Príncipe Don Juan*, una breve mirada sobre el interior de las habitaciones reales, en su mocedad; una mirada nostálgica, también, quien lo duda, a aquellos lugares por donde transcurrió, ay tan lejana, su adolescencia.

Nombrado regidor perpetuo de Santo Domingo prosigue con su *Historia*, llena de observaciones agudas pero dispersas, reiterativas y un tanto incoherentes<sup>19</sup>, donde la peregrinación humana se subordina a la descripción de la naturaleza y esta se abre, como un inabarcable libro de las maravillas de la Creación, para rendir testimonio de alabanza a Su Autor y al César, por dominar naciones tan bárbaras y territorios tan dilatados. No es para menos. Como lo explica Georges Baudot durante tres siglos y sobre tres millones de kilómetros cuadrados se extendió:

El primer gran imperio colonial de los tiempos modernos, la primera empresa económica y el primer sistema de intercambio, la primera red de comunicaciones, construidos a la escala del mundo; pero también el primer proyecto político, espiritual y misionero que se sitúa en una perspectiva planetaria<sup>20</sup>.

De ahí la importancia de Oviedo. Ese Oviedo empírico, que por observación directa precisa las especies de este nuevo orbe y se informa, cual reportero contemporáneo, interrogando directamente a los protagonistas de las hazañas, ya sea de viva voz o por carta. En relación con Colombia recuérdese su amistad con Gonzalo Jiménez de Quesada, de quien recibió valiosas noticias remitidas desde Madrid y Sevilla. Recuérdese, entre tantos otros, su contacto con Alvar Núñez Cabeza de Vaca... «Las historias no son de preciar ni de temer en mucho, si con la verdad no son acompañadas».

## La postrera disonancia

El hidalgo que sentencia, «El que no fue paje siempre huele a acemilero», proyectará su visión clasista sobre el conjunto, pero la edad, el dolor —enterró dos mujeres, dos hijos y un nieto en el Nuevo Mundo— y la experiencia lo harán matizar en algo su rigidez jerárquica, destacando varias virtudes aborígenes y admirando siempre la naturaleza de estas nuevas tierras. Su autoretrato, a los 77 años, nos permite colarnos, de lleno en su intimidad de anciano: «De las muelas, ninguna tengo, y los dientes superiores todos me faltan, y un pelo en la cabeza y en la barba que blanco no sea; y en setenta años constituí, vivo hasta que el Señor de la vida sea servido». Lo sirvió bien dando noticia en sus *Batallas* y en sus *Quincuagenas* de la Caballería de España, a través de diálogos entre un alcalde y su confidente, donde ese pasado ya mítico se evoca con perdida aura de edad de oro.

<sup>19</sup> Ver, al respecto, y en relación con Jiménez de Quesada, de quien repite materiales, el minucioso libro de DEMETRIO RAMOS, *Ximénez de Quesada, Cronista*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas —Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972.

<sup>20</sup> GEORGES BAUDOT, *La vida cotidiana en la América Española en tiempos de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular n° 255, 1983. p. 9-10.

Religiosidad cristiana, en tantos casos más formal que auténtica; altivo desdén aristocrático, ascetismo y devoción mariana: a través de este prisma van desfilando reyes, príncipes, duques, marqueses, condes y caballeros, como en el dolorido sentir de las coplas de Jorge Manrique, y pasan por estas páginas, concluídas a los 79 años, nimbados a la vez de muerte y de gloria.

Sólo que al volver sus ojos al Nuevo Mundo reconocerá, según Gerbi, ese «tormentoso conocimiento», que constituye la más alta disonancia de su *Historia*.

Saber que es vil el motor de tan altas hazañas, que un ansia impura empuja por océanos y desiertos las armas y los pendones de Castilla a descubrir nuevos mundos y a echar por tierra imperios seculares, a destruir a indios y a españoles en la tremenda ficción del primer choque y quemante contacto (...). Inagotable es su entusiasmo por el oro; incansable su maldición de las riquezas <sup>21</sup>.

La escurridiza fluidez del mismo, su rapidez para escaparse de las manos de quien lo tiene, por instantes —conquistadores, el Rey, España misma— se trueca, en la metáfora inmemorial, en la vida misma que se le acaba. Como dice Gerbi: «El sólido metal se vuelve de golpe impalpable. (...). Su esplendor flameante se extingue en cenizas. La presa se escapa del puño. Y la mano ferrada, ensangrentada, extendida para agarrar no aprieta sino una sombra»<sup>22</sup>: la sombra de la conquista; la sombra de su *Historia*; él mismo, ya convertido en sombra.

Estas mismas manos que habían escrito tantas páginas válidas se cierran, el 27 de junio de 1557, apretando las llaves de la fortaleza, como buen guardián de lo que le había sido encomendado.

Su obra, firmemente enraizada en la España medieval que le dio origen, y en el Renacimiento que le otorgó perspectiva y forma, se proyecta amplia, comprensiva, y generosa sobre la naturaleza del Nuevo Mundo, no así tanto sobre sus habitantes, descubriéndolos con su inquisitiva palabra. Descubriéndonos, también, y explicándolo, ese otro Viejo Mundo que auspició y llevó a cabo tan singular hazaña.

Como dice Elliot:

Soldados, eclesiásticos, comerciantes y funcionarios experimentados en leyes: esas son las clases de hombres de que dependemos para la mayor parte de las observaciones de primera mano sobre el Nuevo Mundo y sus habitantes <sup>23</sup>.

Oviedo, con todas las virtudes, y vicios, inherentes a cada una de ellas, parece resumirlos, ya sea en sí mismo o en su contraste complementario con el Padre de Las Casas. En todo caso, y refiriéndonos a nuestro asunto, el *Sumario*, podemos concluir repitiendo las justas palabras de José Miranda:

El *Sumario* no es un resumen o compendio de la *Historia general y natural*. Es una obra con personalidad propia, en la que Fernández de Oviedo ofrece una visión rápida y sustancial de la naturaleza y el hombre americano, restringida, claro está, a las partes por él conocidas. Su calidad

<sup>21</sup> GERBI, *Ibid.*, p. 433.

<sup>22</sup> GERBI, *Ibid.*, p. 443.

<sup>23</sup> ELLIOT, *Ibid.*, p. 31.

y principal mérito se hallan precisamente en lo que tiene de bosquejo panorámico. Sólo eso bastaría para acreditarla como obra única en su tiempo; pues ninguna otra nos dará en tan poco espacio y de manera tan ponderada y armónica la descripción de aquello que interesaba más al europeo del medio físico americano: lo extraño y diferente, lo que más se alejaba y difería de lo propio, o con ello coincidía menos<sup>24</sup>.

Hoy, desaparecido el cometido inmediato para el que fue escrita, podemos disfrutarla, libre de cualquier coacción científica o ideológica. Ahora diferencias y semejanzas parecen armonizar, de modo admirable. En ella nosotros los americanos —un término que, no conviene olvidarlo, sólo comenzó a usarse en la segunda mitad del siglo XVIII— podemos vernos a nosotros mismos, retratados en las raíces aborígenes de estas tierras; en la incidencia hispánica, y en nuestro propio hábitat natural, aún intacto. Pero una especie más amplia, la de los simples hombres que entiendan castellano, podrán disfrutar, gozar, y asombrarse con las pocas pero insustituibles páginas de Oviedo. Quisiéramos leer siempre más pero, en realidad, son éstas las necesarias.

### Coda con iguana

Elliot nos recuadro como la aspiración general de la época en que Oviedo escribió, ordenando y clasificando animales y plantas, uno tras otro —género próximo, diferencia específica— «dependía de los esfuerzos individuales de los entusiastas» y añade:

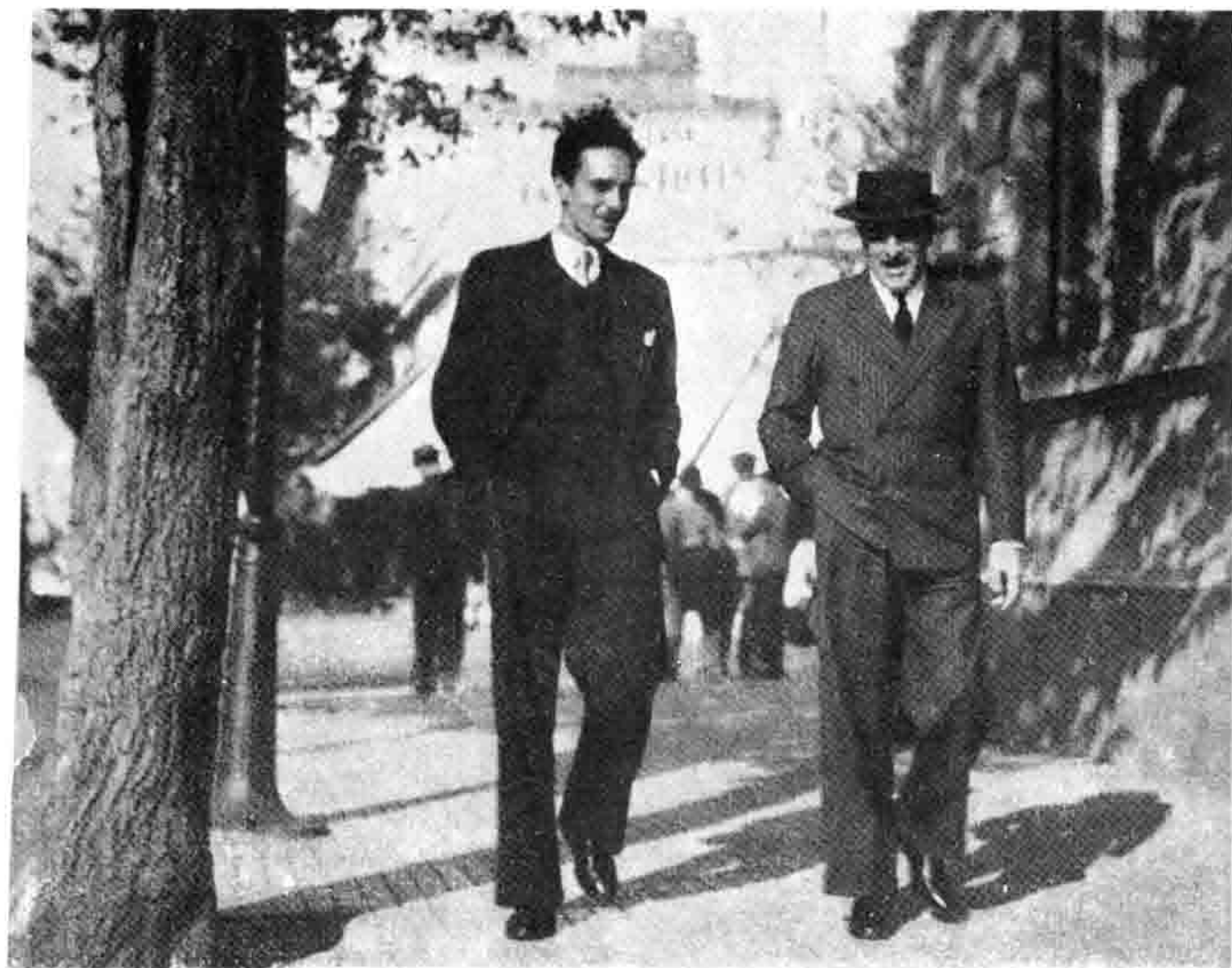
Fernández de Oviedo había hecho esfuerzos heroicos en su época para abarcar la totalidad de los conocimientos sobre el Nuevo Mundo en una gran recopilación enciclopédica, pero una nueva generación, más sofisticada, estaba comenzando a encontrar inadecuados sus métodos. Constituye un símbolo de su quehacer el hecho de que Oviedo en cierta ocasión tomase todas las precauciones para el envío con las mayores seguridades de una iguana viva desde La Española a su amigo Ramusio en Venecia, pero se olvidase de obtener información adecuada sobre sus costumbres alimenticias. Le proporcionó al animal un barril de tierra para su alimentación y la infortunada criatura murió en el viaje.<sup>25</sup>

No hay por ello de qué lamentarse. La iguana, ese símbolo que debería campear sobre el escudo de Oviedo, siempre tan pagado de sus blasones, vive, como tantas otras cosas, y hasta cuando la letra escrita prosiga su camino en las mentes de los lectores, siempre inasible y siempre nueva, en las páginas que Oviedo le ha dedicado. Vale la pena releerlas, todas ellas, de nuevo, ahora que nos aprestamos a redescubrir, por fin, el Nuevo Mundo, quinientos años después de la llegada de Colón a tierras americanas. No hay para ello mejor guía que el *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias* escrito por Gonzalo Fernández de Oviedo.

J. G. COBO BORDA

<sup>24</sup> MIRANDA, *Ibid.*, p. 51.

<sup>25</sup> ELLIOT, *Ibid.*, p. 52.



*Baldomero Fernández Moreno (derecha) con su hijo César, por la calle Rivera Indarte de Buenos Aires, 1941*